

e z e k i e l 33

El atalaya y las noticias de la caída de Jerusalén

En los primeros veinticuatro capítulos de su profecía, Ezequiel hizo el difícil trabajo de predecir la destrucción de su amada ciudad y el exilio de su pueblo. Después de un breve recorrido (caps. 25—32), que detalló la destrucción de varias naciones extranjeras, Dios hizo que Ezequiel dedicara su atención a su propio pueblo. ¿Qué aguardaba el futuro para ellos? Ahora que Jerusalén había sido destruida, ¿qué planeaba Dios para ellos, si es que algo planeaba? En vista de que los anuncios anteriores de Ezequiel se habían cumplido, ahora los exiliados habrían estado escuchándole con mayor interés y respeto.

El capítulo 33 comienza poniendo un fundamento que repite algunos de los mensajes anteriores de Ezequiel: los deberes del atalaya (vers.^{os} 1–9; vea 3.16–21) y la importancia de la responsabilidad individual (vers.^{os} 10–20; vea 18.21–29). Estas dos secciones son seguidas con las devastadoras noticias que traen los refugiados de Jerusalén. El mensaje de ellos fue claro: «La ciudad ha sido conquistada» (vers.^o 21). Este mensaje constituyó una poderosa confirmación de lo que Ezequiel había aseverado en 24.1–2. Estos refugiados después oyeron Palabra del Señor por boca de Ezequiel (vers.^{os} 22–29). Esto fue seguido por lo que el Señor dijo a Ezequiel, en el sentido de que, a raíz de la verdad de sus profecías, él llegaría a ser un profeta popular en medio del pueblo (vers.^{os} 30–33).

Al profeta se le dio la gran tarea de volver a presentar el pueblo a Dios. Ellos tenían que pasar por el proceso de aprender todo acerca de Él otra vez. Habían estimado de manera completamente errónea lo que Él haría, y no haría, en relación con la nación y la ciudad. Por lo tanto, Ezequiel asumió, una vez más, el puesto de atalaya. Como atalaya que era, advirtió al pueblo que no fuera culpable

del pecado de culpar a otros por lo que había sucedido. Era hora de examinar sus propios corazones, hora de establecer una fe y confianza profundamente arraigadas en su Dios. Solo entonces se harían realidad todas las bendiciones que Dios tenía guardadas para ellos.

SE VUELVEN A ASEVERAR LOS DEBERES DEL ATALAYA (33.1–20)

Los deberes del atalaya (33.1–9)

[Lea 33.1–6.]

Versículos 1–3. El pueblo tenía temor de que viniera **espada** sobre la tierra (compare 33.1–3 con 3.16–21). Con el fin de que ellos pudieran estar preparados cuando un ataque fuera inminente, ellos dependían de un **atalaya** designado para que les advirtiera. Este atalaya tenía una función primordial: estar alerta. No podía ser laxo en el trabajo; el pueblo contaba con él. Desde un punto de vista espiritual, Ezequiel era el atalaya designado para el pueblo de Dios. En su primer ejemplo, el profeta cumplió fielmente su deber. Él vio la «espada» que venía sobre la tierra y alertó al pueblo. Ezequiel había sonado la trompeta; había advertido al pueblo, de la espada, esto es, de los babilonios, diciendo que estos se acercaban.

Versículos 4–5. Un hombre podía ser suficientemente insensato para desatender la advertencia del atalaya. Entonces, cuando la **espada** viniera y se lo llevara, no tendría a nadie más a quien culpar, excepto a sí mismo. El pueblo de Jerusalén desatendió las advertencias, y como resultado de ello, no atinó a prepararse para los invasores. Aquí Ezequiel se estaba dirigiendo a la colectividad, pero también a cada individuo en

particular. Cada persona era responsable de su propia reacción al mensaje. Cualquiera persona podía haber **librado** su vida por medio de atender la advertencia.

Versículo 6. En el ejemplo anterior, el atalaya cumplió fielmente su deber. Este versículo dice que él vio que la espada venía, pero, por razones inexplicables, no [tocó] **la trompeta**. Por lo tanto, el pueblo no fue advertido (por él), y **la espada** vino y los tomó. La razón por la que una persona fue tomada, no fue que el atalaya no le advirtió, pues cada cautivo **fue tomado por causa de su pecado**. El juicio de uno no se basaba en que otros fallaran, sino estrictamente en sus propios pecados. No obstante, el atalaya sería responsabilizado de la **sangre** del pueblo al que hubiera fallado en advertir. Según S. Fisch, «Aunque era digno de muerte por causa de sus pecados, no obstante, el atalaya que falló en su deber es considerado culpable por Dios, del violento fin de tal hombre».¹

[Lea 33.7–9.]

Versículo 7. Dios recordó a Ezequiel que él había sido constituido personalmente por Dios para que fuera **atalaya a la casa de Israel**. La ciudad de ellos había sido destruida, y se encontraban en el exilio en Babilonia, pero todavía eran objeto del cuidado del Señor. Ezequiel estaba a cargo de llevar el mensaje de la **boca** de Dios y de amonestar o advertir al pueblo. Jim McGuiggan explicó:

Estos versículos están dirigidos al profeta. Este está a punto de entrar en una nueva fase de su ministerio. Ahora se le conoce como profeta verdadero (esto es, cuando se corre la noticia de que la ciudad, de hecho, ha caído) pero eso no significa que será escuchado por personas cuyo corazón ha cambiado radicalmente. Todavía tendrá que hablar algunas palabras hirvientes.²

Versículo 8. Dios dio un mensaje para el **impío**. Había de decirsele: «**de cierto morirás**». El propósito de Dios era que aquel que eligiera una vida de pecado, supiera las consecuencias de esa elección. Es posible que uno esté tan engañado, tan equivocado, que no crea que su vida pecaminosa le deparará consecuencias eternas. Esta es la razón

¹ S. Fisch, *Ezekiel: Hebrew Text and English Translation with an Introduction and Commentary (Ezequiel: Texto hebreo y traducción al inglés con introducción y comentario)*, Soncino Books of the Bible (London: Soncino Press, 1950), 222.

² Jim McGuiggan, *The Book of Ezekiel (El libro de Ezequiel)*, Looking Into The Bible Series (Lubbock, Tex.: Montex Publishing Co., 1979), 279.

por la que Dios envía a Su atalaya para alertarle con la verdad. Si Ezequiel fallaba en el cumplimiento de este deber y en dar el mensaje de Dios al pueblo, Dios lo responsabilizaría de ello.

Versículo 9. Ezequiel no era responsable por la manera como sus oyentes reaccionaran al mensaje de Dios. La persona que la desechara [moriría] **por su pecado**. Esto no afectaría la vida del atalaya: Dios le dijo: «... **libraste tu vida**».

La importancia de la responsabilidad individual (33.10–20)

[Lea 33.10.]

Versículo 10. Por primera vez en este libro, los exiliados reconocieron su culpa. ¿Cómo podía proceder Ezequiel en su ministerio mientras los exiliados no encararan la realidad de su pecaminosidad? Ya no afirmaban (como en 18.2) que estaban sufriendo por el pecado de sus padres. Los exiliados reconocieron, diciendo: «**Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros**». Vieron que estaban siendo **consumidos** por causa de sus pecados (vea 4.17; 24.23; Levítico 26.39). El pueblo comenzó a preguntar: «¿**cómo, pues, viviremos?**». Habían llegado a darse cuenta de que sus pecados eran tan malos que no tenían esperanza de sobrevivir. Por lo tanto, la tarea de Ezequiel consistía en demostrar la naturaleza perdonadora de Dios. Antes que al pueblo se le pudiera enseñar acerca de Su perdón, ellos debían confesar su propia pecaminosidad. John B. Taylor escribió:

No deben confiar en su propia justicia y tampoco deben perder la esperanza con un fatalista encogimiento de hombros que los haga caer vencidos bajo su desafortunada circunstancia. Tampoco deben tomar el camino fácil de culpar por todo su infortunio a la injusticia de Dios. Todo hombre tiene su oportunidad y todo hombre debe actuar de conformidad con la palabra de Dios para él. Estos son los términos de referencia de Ezequiel, y no es sino hasta que se anuncian claramente, que se dan a conocer las noticias en el sentido de que la ciudad ha caído, a los exiliados que esperan, y de este modo se prueban como verdaderas las palabras de Ezequiel.³

[Lea 33.11–12.]

Versículo 11. Dios dijo: «... **no quiero la muerte**

³ John B. Taylor, *Ezekiel: An Introduction and Commentary (Ezequiel: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1969), 213–14.

del impío». Nuestro Dios no es un Dios vengativo, que se «complazca» en cerciorarse de que el impío muera. Es auténtica tristeza la que llena Su corazón cuando llega ese día de muerte, porque define el destino de esa persona para la eternidad. Su preferencia amorosa es que **se vuelva el impío de su camino, y que viva**. Dios desea que todos los hombres sean salvos. Por lo tanto, Él hace el apremiante llamado que dice **Volveos, volveos**. Mientras haya vida, hay esperanza de arrepentimiento.

Dios preguntó: «... **¿por qué moriréis, oh casa de Israel?**». Esta es una poderosa pregunta con varias posibles respuestas. Un exiliado podría creer que no importaba cómo viviera, porque por ser «israelita» (esto es, un descendiente de Abraham; vea Juan 8.33–44; Mateo 3.9), no moriría. Oír mensajes contradictorios de otros (falsos) profetas llevó a muchos a creer que ellos no necesitaban hacer nada. Tal vez otros tenían excusas que todavía son corrientes. ¿Por qué hoy habría de escoger alguien muerte en lugar de arrepentimiento? Algunos creen que tienen tiempo de sobra para arrepentirse, que no hay apremio (Hebreos 3.13; 2ª Corintios 6.1–2). Otros, al ver que los impíos prosperan, dudan de que su comportamiento tenga consecuencias (Eclesiastés 8.11; Salmos 73; vea Juan 5.28–29). Mientras algunos creen que sus buenas obras del pasado harán expiación por sus pecados (vers.º 12), otros son obstinados y rebeldes, al rehusar cambiar, cuales sean las consecuencias. Aun otros creen que están irremediamente perdidos, y que no les haría ningún bien arrepentirse.

Versículo 12. En el versículo 12 se presentan dos escenarios. Desde una perspectiva negativa, las obras justas de un hombre que vuelve al pecado no lo librarán. A pesar de enseñanzas de lo contrario, es posible que una persona, una vez salva, se pierda. Si **se rebelare**, su anterior condición de salvo no le servirá de nada. Este pasaje enseña la posibilidad de la apostasía. Desde una perspectiva positiva, el impío que se vuelve de su impiedad, esta **no le será estorbo**. La gracia de Dios se extiende a él; se le perdonan pecados pasados y no sufrirá consecuencias por sus elecciones impías del pasado. El mismo **día** que se arrepiente, Dios le salva.

[Lea 33.13–16.]

Versículo 13. La satisfacción de sí mismo y la indiferencia pueden afectar a un **justo**. Una vez que este hombre oyó a Dios decir: «**De cierto vivirás**», tomó la insensata decisión de confiar en su propia **justicia**. En su vanidad, él pecó. Dios

entonces declaró que ninguno de sus anteriores actos de justicia sería recordado. Todo se perdió el día que entró en pecado. A. B. Davidson escribió:

Su propósito también es enseñar la verdad general en el sentido de que el pasado de la vida de uno, no necesariamente determina el futuro, ni en sí mismo ni en el juicio de Dios. Esto, junto con la seguridad de la bondadosa voluntad de Dios para con los hombres (*vers.º 11*), era la verdad que más se necesitaba para consolar al pueblo y sacarlos del estupor que había en ellos para entrar en una vida moral y de actividad otra vez.⁴

Versículos 14–16. Se comenta el lado positivo de cómo Dios trata con la humanidad. En este escenario, un **impío** escuchó la advertencia y determinó cambiar el rumbo de su vida. Ezequiel ilustra seis pasos positivos, esto es, los frutos de arrepentimiento (vea Lucas 3.8), en la vida de una persona:

1. **Se convierte de su pecado** (vers.º 14). Honra la ley de Dios y evita actos condenados por Dios.
2. **Hace según el derecho** (vers.º 14). Trata a otros con respeto. Su palabra es verdadera, y trata a otros con honor e integridad.
3. [Hace según] **la justicia** (vers.º 14). Obedece todas las leyes de Dios; no se pone a escoger (Mateo 5.20; 6.33; 23.23).
4. **Restituye la prenda** (vers.º 15). Determina honrar sus promesas y compromisos anteriores.
5. **Devuelve lo que hubiere robado** (vers.º 15). La justicia exige que enmiende los errores cometidos. Esto implica dirigirse a quien quiera de quien haya robado, reconociendo su robo, y haciendo restitución según la ley.
6. **Camina en los estatutos de la vida** (vers.º 15). Al entregarse a las leyes de Dios, tiene garantizada la «vida», bajo la condición de que deje de hacer **iniquidad**. Dios espera fidelidad; no desea seguidores que estén claudicando entre la obediencia y la desobediencia.

[Lea 33.17–20.]

Versículo 17. La gente estaba diciendo: «**No es**

⁴ A. B. Davidson, *The Book of the Prophet Ezekiel: With Notes and Introduction* (El libro del profeta Ezequiel: Con notas e introducción) (Cambridge: Cambridge University Press, 1892), 242.

recto el camino del Señor». Anteriormente habían formulado el cargo diciendo que «el camino del Señor» estaba fallando (vea 18.25–30); pero ahora Dios les demostraba que, más bien, ellos eran los que no estaban andando «rectamente». Como se comentó en el capítulo 18, el pueblo estaba en desacuerdo con los juicios de Dios. Creían que Él era injusto al olvidar las obras justas del que se apartaba de la justicia, y al no tomar en cuenta los pecados del que se arrepentía. Consideraban que estaban pagando el precio de los pecados de otros, pero ahora estaban descubriendo que Dios no responsabiliza a nadie por los pecados de otro.

Versículos 18–19. Dios repitió la misma premisa básica de Su juicio. El concepto de la responsabilidad individual está claro, como lo está la necesidad de la continua fidelidad. (Note la palabra **hiciera**; 1^{era} Juan 3.8–10.)

Versículo 20. Aun en medio del anuncio de Dios, de cómo Él juzga, el pueblo siguió argumentando que Su **camino** [...] **no es recto**. No estaban interesados en la verdad; deseaban culpar de su condición a otros o la manera como Dios trató con ellos. Dios aclaró Su enfoque: «... **juzgaré** [...] **a cada uno conforme a sus caminos**». Si los exiliados, se apartaban individualmente del pecado, ellos vivirían. Esto ponía fin al ruego de Dios; Él ya no haría más advertencias.

SE DEMUESTRA LA REPUTACIÓN DE EZEQUIEL CON EL INFORME DE LA CAÍDA DE JERUSALÉN (33.21–33)

[Lea 33.21–22.]

Versículo 21. Para la fecha que se da aquí (enero de 585 a. C.) ya habían pasado dieciocho meses enteros desde que Jerusalén había sido tomada. Esta fecha parece poco probable porque a **un fugitivo de Jerusalén** no le habría tomado tanto tiempo viajar a Babilonia. Esdras y sus acompañantes llegaron en solo cuatro meses (Esdras 7.9), que habría sido un tiempo normal para hacer este viaje en tiempos antiguotestamentarios. Por lo tanto, la mayoría de los eruditos ajustan las frases para que se lea «año undécimo» (siguiendo algunos manuscritos y la versión siríaca de la Biblia). «Esto es más probable, especialmente porque las dos palabras difieren tan solo por una consonante en el hebreo escrito y difícilmente habría diferencia en el hablado».⁵ Si la fecha corregida es correcta, significaría que a los fugitivos

⁵ Taylor, 216.

les tomó seis meses llegar hasta los exiliados en Babilonia.⁶

Cuando los refugiados llegaron, ellos tenían un mensaje muy importante: **La ciudad ha sido conquistada**. Cuando Nabucodonosor puso sitio a la ciudad (vea 24.1–2), sus ejércitos tardaron dieciocho meses para hacer una brecha en el muro y capturar la ciudad. Una vez que esto ocurrió, los refugiados escaparon y comenzaron el viaje a Babilonia.

Versículo 22. Ezequiel había preparado al pueblo para las noticias de la caída de Jerusalén; pero mientras los refugiados no confirmaran lo sucedido, para ellos era difícil creer. Además, Dios había impuesto un silencio en Ezequiel que había de durar hasta la llegada de los refugiados (24.25–27). Ahora que el día había llegado, Ezequiel podía ocuparse del trabajo normal de un profeta, hablando libre y públicamente los mensajes de Dios (33.22). Él ya no tenía que trabajar desde su casa (3.24–27). Las primeras profecías públicas de Ezequiel después de esto, incluían el mensaje de Dios para los que quedaban en Judá (vers.^{os} 23–29) y el mensaje de Dios para los exiliados (vers.^{os} 30–33).

[Lea 33.23–29.]

Versículos 23–24. Los más pobres de la tierra, a quienes Nabucodonosor había permitido quedarse, habían desarrollado opiniones falsas acerca de sí mismos. La teología de ellos se expresaba en una sola frase: **Abraham era uno, y poseyó la tierra** (vers.^o 24). En vista de que Dios había dado la totalidad de la tierra a un solo justo, ellos suponían que ahora se la estaba dando a ellos que eran **muchos**. Debido a su arrogancia, habían sido incapaces de comprender el mensaje de Jeremías. Este había profetizado no solo la razón para la derrota, sino también la razón por la que a estos pocos se les permitiría quedarse en la tierra (para ser «viñadores y labradores»; Jeremías 52.16). Les había dicho que no eran los escogidos de Dios; que el remanente de Dios provendría de entre los exiliados. No obstante, como resultado de esta visión errada de sí mismos, comenzaron a anexarse

⁶ Otras varias explicaciones fueron presentadas por S. Fisch, quien concluyó: «Existe, por lo tanto, un sistema dual de contar: uno que considera el año como una serie de meses que comienzan con el Nisan en la primavera, otra que considera el año como un período que comienza en el otoño en el primer día del mes séptimo. De conformidad con esto, el intervalo entre el cuarto mes y el año undécimo (586) y el décimo mes y el año duodécimo (585) es de tan solo seis meses» (Fisch, 225).

propiedades que dejaron los exiliados o los que fueron muertos. Se consideraban los nuevos herederos de la tierra.⁷ Consideraban a los exiliados como impíos y se comparaban con «Abraham», el antepasado justo de ellos, a quien Dios había bendecido.

Versículos 25–26. Ezequiel demostró que estos pocos distaban mucho de ser justos. Enumeró las ofensas de ellos; y después de cada enumeración, preguntó: «¿... **poseeréis vosotros la tierra?**». Estas personas participaban en una diversidad de pecados, que abarcaban desde comer carne inmunda, pasando por la idolatría, hasta el adulterio. Era a ellos a quienes Jeremías profetizaba. Los pobres estaban metidos en la impiedad en la misma medida que los acaudalados y los poderosos.

Versículo 27. ... **los que [estaban] en aquellos lugares assolados** (la tierra de Israel) no disfrutarían de la tierra por sí mismos. Antes, Dios planeaba hacer venir la muerte sobre los pocos arrogantes, por medio de una diversidad de métodos: **espada, bestias y pestilencia.**

Versículos 28–29. En lugar de permitir a estas personas poseer **la tierra**, Dios determinó convertir esta **en desierto y en soledad** (vers.º 28). La tierra, **la soberbia [del] poderío** de Israel, había de ser quitada. Cuando esto sucediera, el pueblo aprendería una lección muy importante: **Y sabrán que yo soy Jehová** (vers.º 29).

[Lea 33.30–33.]

Versículos 30–31. Ezequiel era el tema de mucha conversación entre los exiliados. Sus anuncios acertados habían demostrado su reputación como profeta verdadero entre ellos, y comenzaron a invitar a otros a ir y a sentarse a sus pies. No obstante, el pueblo no era sincero al escuchar sus mensajes. Oían a Ezequiel, pero no ponían por obra lo dicho por este. En lugar de esto, el pueblo estaba siguiendo sus propios **halagos**. Eran osados en sus deseos; **el corazón de ellos** anhelaba más riquezas y **sus bocas** hablaban abiertamente de ello.

Versículos 32–33. Ezequiel era un excelente orador, y el pueblo apreciaba su don (vers.º 32); pero no escuchaban con sinceridad. Le expresaban cumplidos al predicador por sus buenos sermones, pero después desatendían todo lo que había dicho. No obstante, Ezequiel tendría su última vindicación, cuando **viniere** a suceder lo dicho por él (vers.º 33).

⁷ Estaban básicamente imitando lo que el remanente hizo después de la segunda deportación en 598(7) a. C. (vea Ezequiel 11.15).

Sobre predicar, oír y obedecer la verdad

La responsabilidad del atalaya es estar alerta y advertir a otros de peligros venideros. Dios constituye a cristianos como Sus atalayas hoy. Hemos de advertir a los impíos (Gálatas 6.1; 1^{era} Timoteo 4.16; Santiago 5.19–20). Esta es especialmente la tarea de los ancianos (Tito 1.9; 1^{era} Pedro 5.1–5; Hebreos 13.17).

Cada persona es responsable de su propia alma. Dios hace advertencias sobre el juicio venidero, y nosotros debemos escuchar (Romanos 10.17). Hemos de tener cuidado de nosotros mismos (1^{era} Timoteo 4.16), y examinarnos a nosotros mismos si estamos en la fe (2^a Corintios 13.5).

Uno puede llegar a estar tan engañado que no cree que sufrirá las consecuencias de sus pecados. Dios desea que todos sepamos que el pecado tiene consecuencias eternas (Romanos 6.23).

Dios no responsabiliza a predicadores ni a maestros de personas que rehúsan escuchar y obedecer el mensaje (siempre y cuando el predicador predique la verdad). Cada persona que oye la Palabra debe responder a ella. La gente no debe escuchar a predicadores que alivian la comezón de oír (2^a Timoteo 4.2–4).

Dios nos disciplina para animarnos a arrepentirnos. Él no desea que nadie perezca, sino que todos vengan a la salvación (Ezequiel 33.11; 1^{era} Timoteo 2.4; 2^a Pedro 3.9). Fisch dijo: «A diferencia del hombre que castiga a su enemigo con el propósito de vengarse, el propósito de Dios al castigar al impío, es llevarlo al arrepentimiento y que de este modo escape de las consecuencias totales de su culpa».⁸

Reconocer la pecaminosidad de uno y confesar esa pecaminosidad, constituyen pasos necesarios hacia la renovación y el perdón (vea 1^{era} Juan 1.8–10).

El pueblo que quedó en la tierra se consideraba justo y para ellos los exiliados eran inicuos (Ezequiel 33.24). Compararnos con otros es peligroso. Dios no salva ni condena a una persona con base en cómo ella se compara con otros, sino con base en cómo obedece Su Palabra.

Los sermones buenos son grandiosos, y los oradores hábiles son agradables. No obstante, Dios espera que el oyente responda a Su mensaje cuando este es predicado (2^a Timoteo 4.3–4; Santiago 1.22–25).

Denny Petrillo

⁸ Fisch, 223.